



Textos ganadores del XIX Concurso Internacional de Escritura Rápida del Instituto Español Giner de los Ríos

Textos en español



Helena Anchel Ribeiro

Infantil 5 años C

"Mis padres me trajeron a este lugar cuando eran jóvenes. El viejo tren resplandece en la memoria."

Todavía me acuerdo del día en el que me despertó mi madre para decirme que me tenía que ir. Estaba asustada y alterada, y yo estaba confuso y no entendía por qué ella estaba así. Puso una maleta encima de mi cama, donde yo todavía estaba tendido, y empezó a colocar en ella todo tipo de ropa, que iba sacando apresuradamente de mi armario. Al cerrar la maleta, me miró con un gesto muy serio, pero entristecido, y me dijo:

- Javier, levántate y vístete, porque nuestra casa ya no es un lugar seguro.

Yo fruncí el ceño y le pregunté:

- ¿Por qué dices eso, mamá?

Tras una breve pausa, que me hizo entender que estaba escogiendo muy bien sus palabras antes de decir lo que fuera que tenía que decirme, se sentó en el borde de la cama:

- Porque ahora los que apoyan al dictador nos persiguen a nosotros, los de izquierda, y tu padre y yo tenemos que protegerte y llevarte a un lugar más seguro, donde no puedan hacerte daño.

- Y ¿adónde me vais a llevar?

- Te vas a quedar con un primo lejano de tu padre, que transporta mercancías en un viejo tren, y vas a vivir allí con él, viajando por todo el país para que no os descubran. Intenté protestar, pero mi madre se levantó de un salto de la cama, cuando mi padre asomó la cabeza por el marco de la puerta, y nos dijo que el coche ya estaba listo. Me vestí a toda prisa y cogí mi maleta, después contemplé mi habitación antes de cerrar la puerta y bajar las escaleras, sin saber que esa sería la última vez que la vería.

Cuando llegué a la estación, observé con atención el tren que se encontraba allí. Era rojo, de tamaño razonable, y sobre todo, era viejo, muy viejo. Mi madre me condujo hacia la puerta, donde había un hombre de mediana edad con las manos oscuras a causa del carbón. Me miró y me dijo:

- Hola Javier, soy Carlos.

- Hola - contesté tímidamente.

Me despedí de mis padres, que me prometieron que volveríamos a vernos, y después, se metieron dentro del coche.

A partir de ese día, empecé a vivir con el primo de mi padre, en su viejo tren, atravesando montañas y ríos por todo el país. Vivía bien, porque me gustaba viajar, pero echaba de menos a mis padres. Y me puse aún más triste cuando recibí aquella carta, aquella carta en la que me comunicaban que mis padres habían muerto trágicamente en la guerra. Aquella carta cambió mi vida para siempre, porque sabía que no iba a volver a verlos otra vez.

Poco después de recibir la carta, los que apoyaban y ayudaban al dictador nos encontraron, y al primo de mi padre lo pusieron en la cárcel y le quitaron su tren. Pero yo hui. Y aquí estoy, en la estación dónde conocí a Carlos, y en la estación donde vi por primera vez el viejo tren. El tren donde estuve viviendo durante estos tiempos tan difíciles, el tren en el que una parte de mi se quedó atrapada y el tren que se quedó atrapado en mi memoria para siempre.

“Mis padres me trajeron a este lugar cuando eran jóvenes. El viejo tren resplandece en la memoria.” Sigue colocado en el mismo lugar, intacto, pero me había olvidado de que estaba allí, en el fondo de mis recuerdos. Ahora lo sé, me he acordado y ya no puedo parar. Todo lo que se había escondido en las sombras comenzó a salir a la luz, mientras estaba petrificada mirando lo cambiada que estaba la estación en la que ocurrió todo. El tren ya no estaba, pero yo aún lo veía.

Hace veinte años, mis padres se encontraban en este mismo banco sentados a mi lado. Yo sonreía. Ellos me dijeron que algún día me subiría en uno de esos trenes para no volver más. En la estación, todo el mundo parecía estresado. Ellos acababan de recibir una horrible noticia y estaban huyendo. Nosotros estábamos más felices que nunca. En cuanto me abrazaron llegó el tren.

Intenté no hacerlo con todas mis fuerzas, pero antes de que me diera cuenta unas lágrimas ya mojaban mis mejillas. Ellos estarían tan orgullosos. La estación había sido reconstruida, igual que yo. Las dos nos rompimos en pedacitos aquel día. ¿Por qué fui yo entonces la que sobrevivió? Sobreviví por mis padres, ellos me protegían con sus brazos. Ellos también me condenaron a tener que quedarme sola con mi dolor inmenso para siempre. Si hubiera podido, me hubiese subido al tren.

El viejo tren
Resplandece
en la memoria.
El nuevo tren
me pertenece
ahora.
El viejo tren
no me llevó
consigo.
El nuevo tren
puede ser
mi segunda oportunidad.

Me juzgarán, porque no disfruto de haber sobrevivido a un atentado y sé que no fue el destino u otra divinidad cualquiera. Pero sí sé que estoy aprovechando la oportunidad, en efecto, mis padres y yo estamos viviendo más que el resto de la población atrapada en sus propias fronteras. El verdadero atentado fue quitarme a mis

padres sin siquiera saber que lo hicieron. Ahora ellos se encuentran a mi lado mientras yo impido que más atentados ocurran. No volverán a derrumbar la estación unos explosivos, porque ellos me aman y esta vez sí me subí al tren.

Cayetano Dias Cattoni, 2º de Bachillerato A

“Mis padres me trajeron a este lugar cuando eran jóvenes. El viejo tren resplandece en la memoria.”

Mis padres me trajeron a este lugar cuando eran jóvenes. El viejo tren resplandece en la memoria. Aquel tren me embobaba cada vez que lo veía, me dejaba absorto. Vagones y vagones, transcurren como la liebre que se da cuenta de a donde ha llegado la tortuga, y en cuanto uno aparta la mirada, ya le quedan un puñado de vagones sin contar. Pienso y quiero detenerlo, frenarlo, subirme a los raíles, colocar mis manos al frente y de un empujón seco, retrasar el viaje.

Él, sin embargo, supera mis fuerzas. Las mías, las de mi familia, las de mis amigos. Continúa, célere e impasible, próximo e intangible, en infinitas paradojas infinitas, como un puzle al que se le va a colocar la última pieza en algún momento, incierto.

Mis padres me montaron en el tren por primera vez de muy pequeño, y desde entonces he ido explorando todos los vagones, uno a uno, algunos sucios y polvorientos, otros acogedores y alumbrados. He de decir que no sentía el movimiento del tren, aunque sabía que me llevaba, pues asomaba por la ventanilla y veía cómo los árboles cambiaban de color y los días se movían como bolas en un sorteo de lotería.

El tren, además, ha acelerado. Antes, lo de contar vagones era pan comido, y creo que mi habilidad no ha cambiado, pero como siga así, pestañearé y ya habrá pasado.

Tendré que hablar con el conductor, pero lo llamo y le hago ademán con la mano, una y otra vez, pero él nunca responde.

En fin, me pregunto cuál será la última estación.

- Perdona, ¿usted lo sabe?

